



## Otro fin de sexenio

**Miguel Alemán V.**

Noviembre 27, 2012

La historia no se repite pero los ciclos políticos sí. Una de las reglas no escritas del sistema político mexicano dice que un sexenio tiene momentos buenos o malos, pero el peor año siempre es el séptimo.

A sólo dos días de concluir la actual administración hay un debate entre quienes reconocen los logros y quienes desestiman los resultados. Así es la política. Lo que no es aceptable es esperar a que concluya el cargo de un Presidente para emprender ataques y reclamos.

Es durante el mandato y no después, cuando la crítica y la confrontación contribuyen al proceso de decisión política. Quienes esperan a que se termine un cargo público para agredir al funcionario saliente, en lugar de valentía, demuestran mediocridad.

La tradición política mexicana tiene entre sus cánones la aceptación de un periodo de largo silencio y enorme prudencia por parte de quien inicia su vida como ex Presidente, con el fin de dejar claro que no intervendrá en los asuntos gubernamentales de sus sucesores. Desafiar esta costumbre ha sido motivo de muchas reacciones, desde el destierro político hasta la burla y el ridículo.

Habrá quienes que le propongan al próximo ex Presidente la publicación de sus memorias, aunque sabemos que todos los líderes tienen sus doce apóstoles y siempre sale un Judas que publica una biografía no autorizada.

En mi libro “Si el águila hablara” explico con detalle el proceso de los síndromes de un mandatario mexicano durante su sexenio. Así, en el séptimo año, la fuerza política de un ex Presidente es semejante a la de un “tehuacán sin gas”.

Cuando se acaba el poder concluye toda la autoridad, el presupuesto y la obediencia de los servidores públicos. De un día para otro se van los amigos que llegaron con el poder, pues continuarán estando cerca del poder. El árbol de navidad será magro, el teléfono dejará de sonar y en la agenda ya no habrá eventos, inauguraciones ni aplausos. Es el tiempo de reflexión, de los silencios públicos y privados, y la revisión y evaluación de lo que transcurrió. Cuando se acaba el poder se inicia la historia.

Para la historia queda el hecho que el resentimiento de una fracción política obstaculizó que el Presidente de la República asistiera a la Cámara de Diputados durante todo su mandato.

Serán dos veces que Felipe Calderón, como Presidente, asista a San Lázaro; la primera, en una malintencionada ceremonia de Toma de Posesión, y seis años después para entregar la Banda Presidencial a su sucesor.

Más ominoso será aún para el Poder Legislativo mexicano el hecho de que el Presidente de México haya sido recibido, escuchado y aplaudido respetuosamente por el Congreso de los Estados Unidos y no por el de su propio país.

Mucho tendrá que reflexionar el Poder Legislativo y los partidos políticos no sólo para evitar que se repitan los actos del 1 de diciembre de 2006 —que ante el mundo nos hicieron ver como un país primitivo y bárbaro— sino para promover una reforma política profunda que tenga como principal objetivo institucionalizar el diálogo de los Poderes Federales para la búsqueda de acuerdos que construyan una visión de Estado.

Nuevamente seremos testigos de otro fin de sexenio, ajeno a las crisis económicas o a las fracturas políticas que en el pasado fueron causa de incertidumbre colectiva y abruptos ajustes en el gobierno y en el bolsillo del ciudadano. Esperamos que las cuentas que entregue el gobierno que concluye no traigan malas sorpresas.

**Rúbrica.** Entre broma y broma la verdad se asoma. ¿Qué cuentos le habrán contado para equiparar su sexenio con “La Cenicienta”, y al cuarto para las doce reconocer, en tono de guasa, que en lugar de briosos corceles estaba rodeado de (impunes) ratones? ¿Y de la zapatilla de cristal? Ni las gracias...

**articulo@alemanvelasco.org**  
**Político, escritor y periodista**